

Santiago, 10 de abril de 2018



INAUGURACIÓN AÑO ACADÉMICO 2018

Palabras del Rector de la Universidad de los Andes, José Antonio Guzmán Cruzat.

Quisiera abrir estas palabras agradeciendo al señor ministro por haber querido acompañarnos esta tarde. Es para nosotros un gran honor tenerlo hoy con nosotros y le deseamos el mayor de los éxitos en la tarea recién comenzada. Asumir un cargo de esta naturaleza requiere de gran fortaleza y patriotismo. También quisiera dar la bienvenida *a su casa* al ministro Felipe Ward, su casa porque es *alumni* nuestro.

La presencia de la máxima autoridad de Educación me da pie para considerar brevemente los bienes públicos que ésta y otras muchas universidades privadas entregan a nuestro país. Puedo afirmar sin temor a equivocarme que la riqueza y la madurez de la vida política de Chile se debe en parte importante a la calidad y diversidad de sus universidades. La incapacidad de resistir la opinión pública es un problema de la democracia, especialmente entre aquellos que dependen en su trabajo de una audiencia, como escritores, artistas, periodistas (Bloom). En este sentido, decía Allan Bloom que “para prevenir o curar esta peculiar ceguera de la democracia es que las universidades existen en las democracias, no para establecer una aristocracia sino para preservar la libertad de la mente de algunos de sus individuos”. Se necesitan miradas independientes, libres y valientes, que cuestionen los lugares comunes y propongan soluciones verdaderas. Por esto se dice que la “universidad es la conciencia crítica de la sociedad”. Es



necesario cuidar la diversidad de estas instituciones porque son una pieza clave de nuestra sociedad.

Entregamos a nuestros estudiantes formación cultural y humana de primer nivel, tenemos investigadores de clase mundial, aportamos al desarrollo tecnológico que requieren las empresas de nuestro país, y con la ayuda del Estado, hacemos un esfuerzo importante de inclusión en nuestras cohortes de alumnos. No es justo privar a estudiantes de bajos ingresos de los bienes de calidad que ofrecen las universidades privadas. Nosotros tenemos las puertas abiertas para todos y hacemos un esfuerzo para entregar becas propias, pero necesitamos la ayuda del Estado para ir por más. La presencia en este acto de un ministro que egresó de esta universidad habla elocuentemente de los bienes públicos que esta institución entrega a la sociedad chilena. Ministro viene de *ministrare* (servir). Nuestro principal proyecto es precisamente servir a nuestro país.

Hay universidades de inspiración cristiana, como ésta, que a veces han sido puestas bajo un manto de sospecha, argumentando que su misión de hacer avanzar el conocimiento se ve afectada por su falta de libertad frente a la fe. Este argumento pierde su justificación cuando se entiende que la fe no constituye ningún obstáculo a la actividad intelectual. La fe y la razón no se anulan porque ambas provienen de una misma fuente que no se contradice. Dios ha dispuesto que los hombres desvelemos y conquistemos todos los misterios de la Creación. La



ciencia verdadera no contradice la fe. Los científicos de esta universidad pueden desarrollar sus disciplinas con total libertad intelectual.

Decía Juan Pablo II que “la síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe (...) Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”¹. Esta universidad se propone avanzar en el logro de esta síntesis a través del diálogo académico. La fe se tiene que hacer cultura porque en caso contrario se reduce a algo insignificante, irrelevante, objeto de arqueología. La cultura se ve a su vez enriquecida por las lecciones de humanidad que aporta la fe, así como por la invitación a la trascendencia que ésta le propone. El mismo Papa afirmaba también en el documento recién citado que “allí donde ideologías agnósticas, hostiles a la tradición cristiana, o incluso declaradamente ateas, inspiran a ciertos maestros del pensamiento, es aún mucho mayor la urgencia que apremia a la Iglesia —y con ella a las universidades de inspiración católica— de entablar un diálogo con las culturas, a fin de que el hombre de hoy pueda descubrir que Dios, muy lejos de ser rival del hombre, le concede realizarse plenamente, a su imagen y semejanza”².

¹ Juan Pablo II. (20-5-1982). *Carta autógrafa de fundación del Pontificio Consejo para la Cultura*. Disponible en https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1999/documents/hf_jp-ii_let_20051982_foundation-letter.html

² Ibid.



El relativismo de ideas no es el único punto de partida de un viaje intelectual o de un proyecto universitario, aunque la duda científica sea presupuesto fundamental de toda investigación verdadera. Es posible —aunque muchos creen que no— alcanzar la verdad a través del trabajo académico. Esta es una de las aportaciones que las universidades con ideario cristiano pueden hacer a nuestra cultura. Sin este aporte, el debate se vería sumamente empobrecido.

A lo anterior se suma que una universidad fundada sobre la idea de que puede encontrar la verdad en el quehacer científico facilita la conexión y la síntesis de las distintas ciencias que cultiva. Se puede decir en cierto sentido que el mundo es interdisciplinario, aunque las ciencias tengan que diseccionarlo para comprenderlo con mayor profundidad. Sin embargo, a la Universidad también le compete volver a “ensamblar” estos trozos para que el trabajo científico no quede reservado a unos pocos cenáculos. El trabajo universitario no se debe sólo a las comunidades académicas sino también a los estudiantes y el resto de la población.

Quisiera dedicar la segunda parte de estas palabras a hablar del desarrollo de la educación continua, que esperamos que crezca mucho en los años que vienen, en la línea marcada por el plan estratégico aprobado el año pasado.

La idea de desarrollar más esta área obedece a la constatación de la necesidad creciente de actualización profesional que experimentan las personas en nuestros días. Existen dos niveles de conocimiento. Al primero podríamos llamarlo sapiencial, que entiende la realidad desde una perspectiva más amplia, que es capaz de poner las cosas en contexto y proyectarlas en el largo



plazo. El segundo nivel tiene que ver con el hacer práctico, profesional y es, por tanto, más cambiante. El mundo gira a gran velocidad: la tecnología queda rápidamente obsoleta y algo parecido pasa en las instituciones sociales. La educación continua obedece más bien a este segundo nivel, aunque no excluya el primero. Nuestros profesionales necesitan estar al día si quieren seguir contribuyendo al desarrollo del país. Chile necesita crecer en productividad y eso requiere capacitación de alto nivel. Algo análogo puede decirse de la formación continua en humanidades y ciencias sociales. Evidentemente no se trata solamente de capacitarse sino también de enriquecerse y rejuvenecerse. Volver al estudio en la madurez rejuvenece y enriquece a las personas. ¿Cómo no va a ser fascinante dedicar tiempo en un programa de la Universidad de los Andes a conocer a fondo a Nicanor Parra, aprender a percibir el universo como él lo percibió? Cada vez es más cierto que la educación no termina nunca. Estudiar y aprender es algo importante toda la vida.

A lo largo de los años, hemos tenido una gran experiencia de postgrados y diplomas de este tipo en las Facultades de Filosofía y Humanidades, en la de Derecho y en la Escuela de Negocios. Ahora nos proponemos ampliar la oferta de programas, tanto en cantidad como en calidad. Si sabemos captar las necesidades de nuestro público y nos adaptamos con flexibilidad a lo que en cada momento se requiera, el panorama de desarrollo de nuestra actividad universitaria se ampliará mucho.



Uno de los aspectos positivos de la educación continua es la exigencia de alto nivel académico. Los asistentes a estos programas tienen altas expectativas y requieren de sus profesores su mejor talento y esfuerzo. Este empeño necesariamente repercute en la mejora de la calidad de la docencia de pregrado y, en muchos casos, en la investigación. Hemos tenido buenas experiencias en este sentido.

Por último, es importante destacar que la educación continua nos permitirá seguir creciendo como proyecto universitario porque permitirá sustentar la contratación de nuevos profesores, el mejoramiento de nuestra infraestructura y la posibilidad de llegar a nuevos públicos. Si queremos ampliar nuestro ámbito de influencia, creo que debemos apuntar en esta dirección.

Antes de terminar, quisiera resaltar muy brevemente el hecho del nombramiento de Carmen Luz Valenzuela como presidenta de nuestra Junta Directiva. Dejando de lado por un momento sus grandes cualidades personales, este nombramiento es un paso importante en el desarrollo de la Universidad. En la Memoria de actividades que resumió hace un momento el Secretario General, se puede apreciar la complejidad y riqueza de esta institución, la cual necesita un sistema de gobierno maduro y con mirada de largo plazo, en el que la Junta Directiva juega un papel fundamental.

En suma, comenzamos un nuevo año lleno de desafíos. Estamos optimistas porque la Universidad ha seguido consolidando su proyecto académico en muy buena forma, aunque lógicamente quede mucho por hacer. Esperamos con gran confianza que el Estado seguirá



Universidad de
los Andes

promoviendo y facilitando el trabajo de instituciones universitarias privadas de calidad, cuya única finalidad es servir a sus estudiantes y a la sociedad en general.